

La desconfianza

Antoni Puigverd



Esta es la época de la desconfianza. Todas las grandes instituciones socializadoras son discutidas, subvertidas o burladas. Familia, escuela, religión y polis (la ciudad, la política) han perdido la capacidad de tejer y cohesionar a la sociedad. La familia no es ya la gran educadora. En los niños de 10 o 12 años, todavía púberes, pesa infinitamente más lo que imponen las redes que la recomendación de las madres. La crisis de la institución escolar responde a muchos factores: a la pérdida de la *autoritas* del profesor, al prestigio del conocimiento y el esfuerzo, al fetichismo de la novedad, al antagonismo entre el teléfono y el libro. Etcétera. La implosión de la escuela es muy anterior al catastrófico informe PISA, del que en estos días se habla tanto. Dejaremos de hablar de educación. Cada nuevo escándalo eclipsa al anterior. Sabemos desde hace años que la enseñanza está averiada. Nos da igual. Nos aburriríamos y cambiaremos de tema.

Pérdida en Europa la transmisión interge-

neracional, las religiones cristianas, cuestionadas desde la Ilustración, fueron las primeras en caer. Ahora también están cayendo otras instituciones, no por muy ilustradas menos combatidas. En efecto, como se vio con los antivacunas, muchas ramas de la medicina y la ciencia son cuestionadas por el sentimentalismo, la sospecha o la nostalgia naturalista. El paciente da lecciones al médico. No son pocos los ingenieros (por citar una profesión racional) que buscan terapias naturópáticas. Mientras la ciencia es cuestionada, la técnica progresa (IA) y la ética colectiva desaparece.

El votante hace mucho que dejó de creer en

**¿Qué futuro
construiremos si ya
no compartimos más
que ruido y furia?**

la democracia. Hablar de política es ahora una pasión identitaria copiada del fútbol. Como los ultras de cada equipo, los fanáticos de uno u otro signo ideológico se pelean en Twitter. Mientras, la mayoría de la población desconfía de los líderes. Seamos sinceros, ¿quién confía en Aragonès, Sánchez, Scholz o Biden? Ni siquiera sus votantes, sometidos al mal menor. También las instituciones sociales, econó-

micas o comerciales han perdido la reputación. ¿Bancos? ¿Clubs de fútbol? ¿Universidades? ¿La bolsa? Hoy está de moda esta marca, y mañana será satirizada. Ahora bien, ¿caso son menos discutidos el bitcoin, los influencers, las figuras mediáticas? Hoy están arriba y mañana pasan por la guillotina de las redes. Acabamos de ver lo fácil que es destruir la reputación de una reina.

Todo es sospechoso, todo es discutido. Ya ni la verdad de los hechos puede ser objetiva. Mentiras, relatos y posverdades cuestionan los hechos objetivos. La confusión es espectacular. Ahora bien: ninguna sociedad puede sobrevivir al recelo continuado, ninguna sociedad puede resistir mucho tiempo en completa confusión. La desconfianza responde a factores generales: a las trampas que el sistema económico se hizo a sí mismo (arruinándonos) en 2007-08. A las trampas que se hace la política, prometiendo lo que no puede dar. Al aislamiento individual, al nihilismo que promueven los creadores culturales, al dominio abrumador de las redes sociales, a la cultura de la queja, a la sobreprotección de la infancia, a las oscuras perspectivas económicas, al pesimismo ecológico, a la irrefrenable hipocondría... Si con todos estos factores no bastara, la publicidad, el periodismo y los políticos fabrican a diario diluvios de confusión. Las sociedades occidentales se han metido en un laberinto. ¿Qué futuro construiremos, si ya no compartimos más que ruido y furia?●

Quemar libros

Màrius Serra



El Gobierno danés ha aprobado una ley que castiga la quema del Corán, el libro sagrado del islam. Cualquier infractor puede ser condenado a dos años de cárcel. La ley habla de "trato inapropiado de textos con un significado religioso importante" y la letra pequeña prohíbe quemar, profanar, patear, romper, cortar y apuñalar en público textos religiosos y también castiga la difusión de imágenes. El debate parlamentario estableció que el principal objetivo de la ley es proteger los intereses y la seguridad nacional. Parece claro que esta ley nace del miedo, más que de la bibliofilia. Por otro lado, los símbolos los carga el diablo y es probable que los pirómanos pronto hallen otro que arda igual de bien.

Nos repugna la mera idea de quemar un libro. Los que históricamente los han echado a la hoguera representan la triple i: intolerancia, ignorancia e intransigencia. La paradoja es que hoy los quemalibros asocian estas tres íes al libro

Prohíben quemar, profanar, patear, romper y cortar textos religiosos

que queman en nombre de la libertad y es probable que despierten las simpatías de muchos fascistas europeos herederos de otras bibliohogueras.

Pero los libros nacen y mueren, se rayan, se mojan, se rompen y, al final, se triturar para aprovechar el papel. Son meros intermediarios de las ideas.

En la serie que Fragmenta Editorial publica sobre los diez mandamientos, el editor Ignasi Moreta firma el segundo: *No prendràs el nom de Déu en va*. Los quemalibros deberían leerlo. Se argumenta que negar la existencia de Dios es una operación tan arrogante como afirmar su existencia. Recogiendo el pensamiento religioso de Lluís Duch, Moreta extrae del segundo mandamiento que para vivir religiosamente hay que hacerlo "como si Dios no existiera". Una hipótesis muy razonable que costará de entender a quienes viven intencionalmente "como si Dios existiera".●

GARABATOS-KAP



De las películas más memorables del año que acabaron, esencialmente, películas de procesos judiciales. En *Oppenheimer*, el creador de la bomba atómica se enfrenta a una junta viciada y creada ad hoc dentro de la Comisión de la Energía Atómica con la intención de retirarle la autorización de seguridad que le permitía trabajar para el gobierno de Estados Unidos. El filme de Nolan refleja lo que contaron los testigos de la época, que incluso ese hombre, que padecía de *hybris* a un nivel estratosférico y una arrogancia de titano, se achantó cuando llegó el momento de enfrentarse a las preguntas tramposas que querían enmarcarlo como un comunista políticamente motivado contra su país.

La otra película de juicios del año, la magistral *Anatomía de una caída*, se mueve en un terreno doméstico pero no menos político, el de la pareja, entendida aquí como estado totalitario en el que siempre pierde alguien. La protagonista, una escritora acusada de haber po-

Juicios viciados

Begoña Gómez Urzaiz



dido causar la muerte de su marido, por lo general resiste bien los embates de un fiscal que tiene muy claro que el camino hacia la condena pasa por enmarcarla como una depredadora bisexual y mala madre.

Con la imaginación contaminada por estos dos procesos de ficción y, para qué engañarnos, también con el recuerdo del juicio a Rosa Peral que articula *El cuerpo en llamas*, quizá el producto audiovisual que nos ha dado más cháchara este año, he seguido estos días las comparecencias de las presidentas del MIT, Harvard y la Universidad de Pensilvania ante el Congreso de Estados Unidos. Aquí ha sido una congresista trumpista, Elise Stefanik, que en el pasado no dudó en sostener teorías racistas como la del Gran Reemplazo, quien ha ejercido de acusadora malévol, pintando a las tres presidentas universitarias como promotoras de un antisemitismo alineado, en su cabeza, con lo *woke*, por las protestas de estudiantes contra el genocidio en Gaza. Una ya ha dimitido y las otras dos, como informaba Francesc Peirón, están con un pie fuera. Quizá este y otros episodios que están sucediendo desde que estalló la guerra en octubre acaben también en una ficción y entonces lo veremos clarísimo: se les persiguió.●